

# El Baluarte

Subscription—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—  
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7,50  
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.  
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NUM. 231

Sevilla—Miércoles 8 de Octubre de 1902

AÑO XXVI

## La futura asamblea

Desde nuestra iniciativa para celebrar una solemnidad republicana que coincidiría con la fecha de la coronación, por medio de una carta que insertó EL BALUARTE en Diciembre del año pasado, y después con motivo de la campaña de Nakers para celebrar una asamblea, hemos venido prestando atención preferente a este asunto vitalísimo para el porvenir del partido republicano, proclamando la conveniencia, más que la conveniencia, la suprema necesidad de convocar al pueblo republicano para que se dé una fuerte, sólida y uniforme organización, principalmente para la acción.

La Unión republicana ha fracasado por completo por la inercia de su dirección; por haber tolerado, sin condenarlos, desprendimientos injustificados y grupos y grupitos desprendidos de su organización, ya por impaciencias, ya por ambiciones, ya, desconfianza ante la inacción, o ya por otras causas que no queremos enumerar y que nos ofrecen como triste resultado una verdadera descomposición de elementos convenientes todos para realizar el ideal común.

No somos partidarios, ya lo hemos dicho, de la dirección unipersonal. No consideramos tampoco que, fracasada la asamblea, se haya de gritar:—¡Rompan filas!—No, nosotros seguiremos siempre en nuestro puesto defendiendo la República, conservando puro y sin mancha el ideal y esperando otros tiempos mejores, pero ni claudicaremos ni abandonaremos el campo, ni colgaremos las armas de combate.

Los espíritus fuertes y bien probados en la adversidad y en las amarguras del eterno, por que eterna es esta lucha por lo larga, del eterno combatir, no cejaremos en la lucha mientras conservemos fuerzas físicas, vigor moral y un resto de inteligencia.

Vamos a la asamblea todos los que profesamos verdadero amor a la República, a luchar por ella para la salvación de la patria, sin distinciones de ninguna especie y sin egoísmos de grupo, de iglesia ni de capilla particular, dispuestos a elegir a los mejores y a los que cuenten con mayores y más probados servicios efectivos, tengan más autoridad y más prestigio e inspiren confianza a los nuestros y sean una garantía de acierto que se determine con simpatías fuera y que merezcan respeto y consideración dentro de España.

Vamos a la asamblea a demandar iniciativas poderosas arriba, a investir de verdadera autoridad a nuestra dirección, a facilitarla todos los medios para una labor desembarazada, enérgica y eficaz, imponiéndonos todos los sacrificios y ofreciendo el esfuerzo personal y pecuniario para la acción hasta donde lleguen las fuerzas, pero exigiendo en cambio que la dirección cumpla con su deber, que realizar el deber cuando las facultades son amplias y sin limitación no es pedir más que responder a la confianza y realizar el fin.

Las revoluciones se intentan, no se realizan cuando se quiere, sino cuando se puede, pero con unión, disciplina, buena voluntad y medios se puede llegar.

Si la asamblea acierta, como creemos que acertará, porque el buen sentido se impone siempre, no será una panacea infalible ni una letra a plazo fijo, pero indudablemente llegaremos al logro de nuestros deseos.

El Directorio de Unión republicana, que ya en Junio último trató de este asunto, parece que ha vuelto a reunirse, y que al fin se decidirá a convocar, según se nos asegura.

Lo esencial es que, hágalo quien lo haga, bien a iniciativa de la prensa, ya el partido republicano de Almería ó la misma Unión republicana, que se prescinda de particularismos ó de organismos amañados, y que concurren todos los que puedan y quieran asistir.

A. A.

## Nota del día

El cadáver de Emilio Zola yace para siempre en el seno de la madre tierra, y todavía se agitan sobre su tumba las aves carnívoras de la cierrecia queriéndole morder.

Los dictérios más soeces, las más procaces injurias, los insultos más asquerosos, brotan de la pluma de esos eternos difamadores que se amparan con el manto de la religión para encubrir sus robos, para atenuar sus vicios, para llamar hacia sí las miradas de la conciencia pública, que se aparta de ellos con horror y asco.

Su mismo odio, su eterna enemiga hacia el muerto ilustre, elevaban la memoria de éste al pínaculo de la gloria si ya no lo estuviera por la virtud de sus propias obras...

¡Son los cobardes, los cobardes de siempre!

Mugieron amenazas ante el cadáver insepulto para restarle honores oficiales, y el pueblo sano, el pueblo noble, aquel a quien él dedicara las más hermosas páginas de sus libros y los esplendores más luminosos de su inteligencia privilegiada, formóle murallas con sus corazones, y por entre ellas pasó el cadáver, con toda la imponente majestad de la muerte del genio.

¿Quién hubiera osado, ante aquellos leones que, abandonando las minas, los talleres, el campo, habían corrido a amparar con sus cuerpos, y quién sabe si con su vida, el cadáver de su apóstol, evitándole una profanación... quién hubiera osado vomitar ante ellos, en la plaza pública, lo que únicamente se atreven a decir en las sombras?

Amenazaron con voltear el féretro si detrás de él iba la gratitud, personificada en el caballeroso Dreyfus, y éste se vió impedido a prometer a la viuda, accediendo a los ruegos de la mujer amante, que faltaría a su deber, que no ría...

Pero si Dreyfus no hubiera concurrido al entierro de Zola, aun cuando en él hubiera hallado la muerte, no habría sido digno de tener aquel tan grande defensor...

Y Dreyfus asistió, severo, solemne, tranquilo, como debe de ir la Gratiud detrás del cadáver del Amor.

Los grajos que aullaban, la bestia negra que andaba pateando por todas las septinas buscando todo en que envolver el cadáver del genio, víéronse precisados a tascar el freno y a permanecer mudos...

Diósele tierra al cadáver entre el amoroso llanto del gran pueblo que siente, y ante él depositaron las hermosas flores de su ingenio los más renombrados talentos de Francia, de esa Francia expansiva, universal, que siempre tiene un hombre grande, verdaderamente grande, a quien llevar al cementerio.

¡Y lo tiene, porque sabe crearlo en vida con su admiración!

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

## Murmuraciones

El Ayuntamiento de Valencia ha acordado dar los nombres de Zola y Enrique Gaspar a dos calles de aquella ciudad.

Y como hace poco tiempo acordó quitarle al callejón de las Impertinencias su antiguo nombre y colocarle el de Capriles, actual gobernador, ya son tres nombres los que hay que colocar.

Zola, Enrique Gaspar y Capriles. Los dos primeros son un drama y una comedia.

El último es el sainete. Porque los valencianos son muy guasones.

Dicen *El País* que el ministro de la Guerra quiere presentar la dimisión porque se resiste a castigar con arreglo a las Ordenanzas al capitán general de Barcelona por haber dicho señor abandonado el mando para batirse con el Director de *El Imparcial*.

A propósito de este hecho, cita el siguiente caso:

«Hace pocas noches dos honradísimos ciudadanos obreros, que viven de su trabajo y no del sudor de los contribuyentes, salieron de una taberna desahogada y uavaja en mano lucharon

bravamente hasta quedar mal herido uno de los combatientes.

Estos humildes caballeros de la Tabla Redonda fueron a dar con sus huesos, el uno en la cama de un hospital, el otro en la cárcel.

¿Por qué regía de tres el general Bargés pues de batirse con un periodista y volverse tranquilamente a su mando, después de haberlo abandonado, sin permiso de su jefe, el ministro de la Guerra?»

Por la regla de tres de que aquí el que tiene el panderero es quien lo toca, y de que las leyes se hacen para los de abajo nada más.

Y el mismo Sr. Weyler es un caso, con menos atenuantes que el general Bargés.

Este, al fin, lo ha hecho por pundonor, y a la hora de jugarse la pelleja, ni el general Bargés, ni nadie, medita si falta ó sobra a las Ordenanzas: va derecho a lo que le importa, y si tiene decisión para jugarse la vida, no había de faltarle para jugarse el puesto que ocupa.

Pero Weyler es un sublevado contra la Hacienda nacional, a la que quiere contribuir con cédula de novena clase, como cualquier industrial de cerillas fosfóricas, teniendo millones de capital.

¿Con qué autoridad va a castigar un sublevado a sangre fría y por varias pesetas de vellón, a un sublevado a sangre caliente, y tan encorajado como el general Bargés?

Pongamos las cosas en su punto.

No hay hombre grande para su ayuda de cámara.

Y si no lo mismo, algo parecido le habrá sucedido a los fusionistas al oír hablar al señor Marqués de la Vega de Armijo en su Casino de la Plaza Nueva.

El Sr. Marqués—y me atengo a las reseñas que hacen los periódicos—endió varias puyas a Muret, cayéndose del lado del Sr. Marqués de Pickman, quien se quejaba de que aquél, siendo Presidente del Congreso, no lo hubiera dejado hablar fundándose en artículos que no existen en el Reglamento del Congreso.

A lo que dijo el señor de la Vega que Muret es muy capaz de inventar los artículos que sean necesarios.

Es indudable que el señor Muret no dejaría hablar al Marqués de Pickman para evitar que los señores diputados no se echaran a reír; porque todos sabemos los puntos que caiza en la oratoria dicho señor, a quien no le negamos buena fe, pero que esta no es bastante para ocupar un puesto como el que desempeña dicho señor.

Es un hecho, pues, que si el Sr. Muret no dejó hablar al Marqués de Pickman es porque lo conocía más que el actual Presidente del Congreso.

Pero vamos a la solemne vulgaridad del señor Marqués de la Vega de Armijo.

Había el señor Marqués: «Dijóse de que no estuviere presente el señor Marqués de Paradas, para que le oyera enaltecerle, recordando los grandes merecimientos y servicios del distinguido jefe de los liberales de Sevilla.»

¿Qué servicios ha prestado ese buen hombre?

«Merecimientos, como hombre político, el señor Marqués de Paradas?»

«Vaya, vaya, El Sr. Marqués de la Vega de Armijo quiso hacer honor a la hospitalidad que le concedían sus correigionarios y cayó en esa vulgaridad.»

Y siguió diciendo:

«Agrego que deseaba la unión de todos los liberales, para que pudieran luchar, ventajosamente, frente a los conservadores, a quienes culpó de la pérdida de las Antillas y de los grandes desastres que ha sufrido el país recientemente, que ellos achacan a los liberales, cuando nadie como éstos ha defendido la monarquía y la libertad, ni prestado mayores servicios a la patria.»

«Esto es el colmo de la frescura!»

No hay desastre, no hay vergüenza, que no haya venido por conducto de lo que hoy se llama partido liberal, y buena prueba es lo que hoy mismo está sucediendo con el arreglo del Concordato.

Dijo la sogá al caldero:—¡Quítate allá que me tizna!»

El ratito de conversación sostenido con sus correigionarios en Sevilla no ha hecho honor alguno al señor Marqués, quien por su posición é historia nos hacía creer que estaba a mayor altura.

«Es claro!»

«Así anda todo, brigadier Talegón!»

No es exacto que se le quiera dar entrada en el ministerio al señor Santamaría de Paredes, un señor bienquisto en Palacio a quien se le quiere recompensar otorgándole la merced de hacerle gran hombre.

El tal Paredes aspiraba nada menos que a ministro; pero vistas las dificultades que surgen a cada momento, se le hará senador vitalicio.

Es decir: se lo concederá uno de esos serones que hacen importantes a las más ridículas estantiguas de nuestra vieja política palaciega.

Mañana nueve es el día señalado para holgar... Mañana los peregrinos también hacia Roma van. Unos por fas ó por nefas, y otros por quítate allá, resulta que aquí no quiere la gente ya trabajar.

Porque el periódico carcunda de Granada *El Triunfo* llama a Zola infame, se pone las manos en la cabeza mi querido colega ¡Avante!

Pues si leyera el periódico de nuestro *Don Virtuoso*, ¿cómo se pondría!

Casi todos los periódicos de sacristía, los llamados religiosos y los que a sí mismos se titulan *la prensa buena, la prensa moral*, vienen estos días hechos cloacas.

Cumplen con el Evangelio del cristianismo, que les ordena que...

A hombre muerto, insultos al cadáver. Afortunadamente no son ellos los que han de destruir el edificio que Emilio Zola ha dejado en pie por los siglos de los siglos.

Este hecho que copio a continuación ha sucedido en Jerez durante una procesión.

Lo relata un periódico conservador. Léase:

«La entrada de la plaza Eguilaz por dicha calle estaba obstruida por numerosas personas que presenciaban el paso de la procesión: de ésta se destacó un fraile, dirigiéndose a un grupo de cuatro ó seis niños, uno de ellos como de doce ó catorce años, que estaba fumando.

El fraile cogió primero por las orejas al joven, dándole fuertes tirones y haciéndole girar la cabeza, y luego de recriminarlo con frases descompuestas porque estaba fumando al paso de los santos (textual), la emprendió a bofetadas con el pobre niño haciéndole arrojar bastante sangre por las narices.

Algunas de las personas que presenciaron los hechos intervinieron, y una de ellas, una señora, hubo de decir al iracundo fraile:

—Padre, no es tan grave el delito de ese pobre niño para que usted lo trate con tanta dureza, dando con ello prueba de poca caridad y de soberbia.

El fraile no contestó más que con una furi-bunda mirada y se alejó para incorporarse a la procesión, pero a los pocos pasos volvió otra vez con intención de seguir castigando al pobre niño, pero ya entonces se interpuso un caballero que sin hacer más que dirigir dos palabras al fraile le hizo desistir de su propósito.»

¿Dos palabras?

—¡Tío canalla!

O...

—¡So brutal!

O...

—¡Tóquele!... ¡Verá!

El colega en cuestión—que ya he dicho es conservador—pone a la noticia este comentario:

«Si los hechos han ocurrido tal y como nos dicen, es de lamentar, no la pasividad del guardia que por miedo quizás no intervino como era su deber, sino que no estuviera allí el padre del niño, para que de una manera contundente hubiera hecho comprender al fraile lo peligroso que es reprender con tanta violencia, dejándose influir por la soberbia y por la ira, en vez de saber dominar las debilidades humanas y ser tolerante, transigente y caritativo, como corresponde a los que se llaman ministros del Dios que predicó la paz y la fraternidad entre los hombres.»

En eso es en lo que el colega no ha estado oportuno: en llamar ministros de Dios a los frailes.

Los frailes no son ministros de Dios, porque Dios no habló de frailes en ninguna parte.

Los frailes no son otra cosa que *nos estorbe* que saben vivir sin trabajar dentro de estas sociedades de burros con cédula y sin ella.

CARRASQUILLA.

## Un artículo de Zola

MIS ODIOS

El odio es santo. Es la indignación de los corazones fuertes y poderosos, el desdén de las personas a quienes la mediaoía y la necesidad enojan. Odiar es amar, es tener el alma fuerte y generosa, vivir holgadamente despreciando lo necio y lo vergonzoso.

El odio consuela, el odio hace justicia, el odio engrandece.

Cada vez que me he rebelado contra las sociedades de mi tiempo, me he sentido rejuvenecer y he cobrado más alientos. He hecho mis compañeros al odio y a la arrogancia; me he complacido en aislarme, y en mi aislamiento he querido odiar cuanto atacaba a lo justo y a lo verdadero. Si hoy valgo algo, es porque estoy solo y porque odio.

Odio a los hombres incapaces é impotentes: me molestan. Me han quemado la sangre y han estropeado mis nervios. Nada hay más irritante que esos brutos que al andar se balancean como los patos, y os miran con asombrados ojos y con la boca abierta. No he podido jamás dar dos pasos sin encontrar tres imbéciles, y esto me causa pena. Por todas partes los hay. El vulgo se compone de necios que os salen al paso para salpicaros el rostro con la baba de su mediana. Estos necios se mueven y hablan, y su aspecto, gesto y voz, me incomodan tanto que, como Stendhal, antes quiero un pícaro que un tonto. ¿Qué podemos hacer de tales gentes, pregunto, en los difíciles tiempos de lucha por que atravesamos? Al salir del viejo mundo nos precipitamos hacia un mundo nuevo.

Los imbéciles se cuelgan de nuestro brazo, entorpecen nuestro paso en medio de estúpidas carcajadas y de sentencias absurdas, y hacen resbaladizo y penoso el sendero que hemos de recorrer. En vano queremos desprendernos de ellos; nos oprimen, nos ahogan y se pegan cada vez más á nosotros.

Estamos en la época en que los ferrocarriles y el telégrafo eléctrico nos transportan en cuerpo y alma á lo infinito y á lo absoluto; en la época grave ó inquieta, período de gestación de una nueva verdad de la inteligencia humana, y hay, sin embargo, hombres necios y tontos que niegan lo presente y se pudren en el pequeño y nauseabundo charco de su trivialidad. Podemos conseguir algo de los locos; los locos piensan y tienen todos alguna idea, cuya exagerada tensión ha roto el resorte de su inteligencia. Los dementes son enfermos del espíritu y del corazón; almas desdichadas, pero llenas de vida y de fuerza. Quiero escucharles, porque siempre espero ver brillar, en medio del caos de sus pensamientos, alguna verdad suprema. Mas, por amor de Dios, que maten á los necios y á los tontos, á los incapaces y á los cretinos; establezcanse leyes que nos libren de esas gentes que abusan de su ceguera para decir que es de noche. El insolente reinado de los tontos ha cansado ya al mundo; los tontos en masa deben ser conducidos á la plaza de Greve.

Los odio.

Odio á los hombres que se amantillan en una idea personal y que van como un rebaño empujándose unos á otros é inclinando la cabeza para no ver el resplandor del cielo. Cada rebaño tiene su dios, su fetiche, en aras del cual inmola la gran verdad humana. Prosiguen con seriedad su camino y van andando con grave exclamationes de desesperación cada vez que algo turba su fanatismo pueril.

¿Dónde están, pregunto, los hombres libres, los que viven desembozadamente, los que no encierran el pensamiento en el estrecho círculo de un dogma y avanzan francamente hacia la luz, sin miedo á desmentirse mañana y sin darse más que de lo justo y lo verdadero? ¿Dónde están los hombres que no forman parte de la claqué jramentada y que aplauden á una indicación del jefe, á Dios ó al príncipe, al pueblo ó á la aristocracia? ¿Dónde están los hombres que viven aislados, lejos de los rebaños humanos, los que acogen bien todo lo grande, los que desprecian las camarillas y son partidarios de la libertad de las ideas? Cuando estos hombres hablan, las gentes graves y estúpidas se enfadan y les abruman con el peso de su número; después, con aire solemne, vuelven á ocuparse de su digestión, y cuando están en familia, prueban de una manera indudable que todos son unos imbéciles.

Los odio.

Odio á los que de todo se burlan, á los caballeres que no pudiendo imitar la pesada gravedad de sus papás al examinar las cosas, lo hacen riéndose de ellas. Hay carcajadas más vacías de sentido que el silencio diplomático. La época de ansiedad en que vivimos trae consigo una alegría nerviosa é impregnada de angustia, que me produce el propio desagradable efecto que me causaría oír limar los dientes de una sierra. Callad todos los que os habéis impuesto la tarea de divertir al público....

Por lo que á mí toca, lamento que tengamos tantos hombres de chispa y tan pocos de verdad, de imparcialidad y de justicia. Cada vez que veo un muchacho soltar la carcajada para divertir al público, le compadezco y siento que no sea bastante rico para vivir en la holganza, en vez de reír de manera tan poco digna. Mas para los que sólo lanzan carcajadas sin derramar nunca una lágrima, no tengo compasión.

Los odio.

Odio á los necios, que todo lo miran con desdén; á los impotentes, que dicen que el arte y la literatura mueren de muerte natural. Ellos son los cerebros más vacíos y los corazones más secos, las personas que se encierran en lo pasado y que ojean con desprecio las calenturientas obras de nuestra época, y las califican de nulas y pequeñas. Yo miro las cosas de otra manera. Me cuido poco de la belleza y la perfección, pues sólo me interesa la vida, la lucha la fiebre. Entre nuestra generación me hallo muy á mi gusto. Me parece que el artista no puede desear época mejor, ni ambiente más á propósito. No hay maestros ni escuelas. Vivimos en plena anarquía, y cada uno de nosotros es un rebelde que piensa, crea y se bate por sí y para sí mismo. El momento es decisivo: esperemos á los que hieran mejor y más fuerte, á aquellos cuyos puños tengan los suficientes bríos para cerrar todas las bocas; y cada nuevo luchador abriga en el fondo la vaga esperanza de ser el dictador, el tirano de mañana.

Nieguen los ciegos nuestros esfuerzos; vean en la lucha que sostenemos las convulsiones de la agonía, apesar de que estas luchas son los primeros quejidos que anuncian el nacimiento. Al fin y á la postre son ciegos.

Los odio.

Odio á los pedagogos que nos guían, á los pedantes y á los hombres enfadosos que rehúsan la vida. Soy partidario de las libres manifestaciones del genio humano. Creo en una serie no interrumpida de expresiones humanas, en una galería interminable de cuadros, y lamento el no poder vivir siempre para asistir á la eterna comedia que consta de mil actos diversos. Soy un simple curioso. Los necios que no se atreven á mirar hacia adelante, miran atrás.

Quiéren constituir el presente con las reglas del pasado, y quieren que el porvenir tome por modelo las obras y los hombres de tiempos que fueron. Los días amanecerán, y cada uno traerá consigo una nueva idea, un nuevo arte, una nueva literatura. Las obras serán tantas y tan variadas como las sociedades mismas, y éstas se transformarán eternamente. Pero los impotentes no quieren ensanchar el marco, han hecho la lista de las obras existentes, y por tal medio han obtenido una verdad relativa que pretenden hacer pasar por absoluta. No crean; imitan. Y hé aquí por qué odio á las gentes neciamente graves, á las neciamente alegres, y á los artistas y á los críticos que quieren hacer estúpidamente la verdad de hoy con la de ayer. No comprenderán que avanzamos y que los paisajes varían.

Los odio.

Y ahora ya sabéis cuáles son mis amores, los bellos amores de mi juventud.

EMILIO ZOLA.

## Los miserables

Por todas partes el espectáculo de la miseria. ¿A qué capital, á qué ciudad, á qué villorrio iremos donde el fantasma no nos persiga? En todas partes caras escuálidas, ojos hundidos, destrozada indumentaria.

En casa llega á la puerta el pedigüño contando lástimas; en la calle pordiosean pobres, se arrastran mustios y silenciosos los miserables resignados; venden periódicos mujeres ancianas y niños minúsculos; duermen arrimados á las puertas, en montón siempre repugnante, seres infelices. El lacerado enseña sus llagas, el tullido sus paralizados y macilentos miembros, el ciego lleva un cartel en el pecho para que nos fijemos en sus ojos vacíos. En el café nos cosquillea las piernas el menudo colillero que rastrea los bancos, colgada como lúgubre cascabel la mugrienta cajilla de lata en que guarda las puntas de cigarro.

¡Quiero divertirme, quiero gozar, quiero reír, apartar los ojos de la miseria que me rodea! ¿Dónde iré? ¿A los toros? Una treintena de hombres se juegan allí la vida. Defienden su pan. ¡In-

felices! Vámonos de aquí. ¡Esta es aún la miseria disfrazada! ¿Circo? Sí, vamos al circo. Desarrugarán mi ceño los grotescos clowns con sus ridiculeces. Ahí veo uno: la cara pintarrajeada, empolvado el pelo. ¿Y la dignidad humana? Se ha vendido por un pedazo de pan. Pero empiezan ya los trabajos de equilibrio y de fuerza. Un acróbata se encarama gallardamente al más alto de los trapecios, da mil vueltas sobre sí mismo y salta á las manos de otro compañero que en otro distante trapecio le aguarda y le recoge con serenidad. En tanto en la pista, mientras salta una mujer sobre un caballo en libertad, un hércules juega á la pelota con tres mozalbetes, otro con todos los miembros dislocados se pasea como una lagartija por entre los palos de dos escaleras. ¡Qué prodigios de fuerza, de dislocación, de habilidad, de paciencia! Una equivocación levísima en medir el tiempo y las distancias, y se estrellan los acróbatas, la mujer del caballo, el hércules, los mozalbetes, el hombre dislocado....

Esto es todavía la miseria. Huyamos de aquí. Otro espectáculo será más digno. ¡Un drama! Hé aquí otra cosa. Pero ¿qué ver? ¿No es aquel racionista el amigo Ruipérez? Sí, es él. Estudiaba conmigo. Es un vencido. Está sin vocación por el arte, dispuesto á reír ó á llorar, según se lo manden, por dos pesetas. Corro á verle. ¡Ah! No puedo pasar, la gente se aglomera en un pasillo. Quizá sea mejor; si desde fuera del escenario me enseña su cara la miseria, ¿qué no veré dentro? Pero ¿qué ha ocasionado el tumulto? Las mujeres gritan, alzan los hombres los bastones, suena el ruido de mil golpes sobre un cuerpo humano. ¿Qué es? Nada, un carterista sorprendido infraganti. ¿El vicio? No, la miseria, siempre la miseria.

A casa. El sueño volverá á mi espíritu su equilibrio. Vamos, aquí está ya el periódico de la noche. ¿Quién no lo lee para esperar mejor á que el sueño cierre sus ojos? «Crimen», «Robo», «Suicidio».

La miseria parece que se ríe de mí sentada al borde de mi cama. ¡Miseria física, miseria moral, todo miseria!

¡Tiro el periódico, apago de un soplo la luz, me cubro la cabeza con las sábanas! El espectro me persigue; cuando me rinde el cansancio y siento llegar el sueño, medito vagamente.

No he visto durante la jornada más que miserables. ¿Es todo en ellos vicio? ¿Odia el trabajo el pobre que con llagas reales ó pintadas permanece diez ó doce horas á la intemperie en incómoda postura, el que ha descoyuntado sus miembros, el que ha ejercitado sus fuerzas hasta jugar con quintales de pesc. bailar sobre un potrillo desbocado, hacer inverosímiles equilibrios en un trapecio, ó rodar como una pelota sobre la baranda de la pista, el que se arroja con temeridad sobre los pitones de un toro, el que ejercita su destreza en apoderarse de lo ajeno, exponiendo vida y libertad, el que se independiza de la sociedad en que vive é impone y cobra sus contribuciones en los caminos desafiando las inclemencias del cielo y los ataques de la guardia civil?

Todo eso es movimiento, todo eso es actividad, todo eso es energía, fluido social desviado, malgastado y perdido.

Se necesita ser ciego para no descubrir que una sociedad en que todas esas cosas suceden es una sociedad mal constituida, es una sociedad viciosa, en que todo eso pasa porque puede pasar. El saltimbanquis, el que pasea sin esconder la cara su levita cosida de anuncios, el que mata toros, el que finge llagas, el que roba, el que en esferas más altas ejecuta actos que él mismo reputa ilícitos, no hacen todo eso impulsados por el medio.

En la confusión de mi vago meditar, mezclo cosas que parecen diversas; pero es que en el fondo de todas veo la misma sombra, un móvil idéntico, matar al enemigo, matar la miseria.

Llenan las cárceles de miles de incuentes contra la propiedad, y no veo entre ellos un solo acaudalado. De ello deduzco que los delincuentes no lo son *per se*, sino *per accidens*. Móvil: ¿la ambición? Por cada delincuente que pueda ser calificado de ambicioso, veo mil que han robado insignificancias. ¡Qué pocos pueden pagarle todos los días de sus rentas el almuerzo! La ambición, además, no es un delito, es una enfermedad. Si Rothschild me robase el reloj, no le metería en la cárcel, le llevaría á la clínica.

Engendra el delito la mayor parte de las veces la incompatibilidad de la felicidad ajena con la propia, incompatibilidad nacida de un vicio de organización social que la hace en tantos casos posible.

He leído en el periódico suicidios. Los suicidas son en su noventa por ciento gentes que renuncian á una lucha para que no se sienten fuertes. En la mayoría de los casos, pobres de espíritu que no hallan para salvarse caminos fá-

ciles y no se sienten con ánimo para entrar en los tortuosos.

En cuanto á la virtud del trabajo, ¿con qué derecho se llamará al trabajo útil á los miserables, cuando hay sin trabajar tantos acaudalados inútiles?

Y entre sueños ya desfilan por mi mente otras ideas. Garantías del derecho de la vida... instrucción... cauces por donde el río de la riqueza reparta mejor sus beneficios y apague la sed de millares de hombres... el trabajo como único productor... el capital acumulado, reducido á la impotencia del agua estancada, ó bebérsela ó dejar que se descomponga y se evapore... la dignidad fortalecida... el hombre dueño de sí mismo....

¿Y habrá quien no vea á aquello y no sueñe en todo eso?

¡Malvado!

F. PI Y ARSUAGA.

## De actualidad

Veragua ha hecho nuevas declaraciones. Aspira á construir una escuadra moderna. Todo está en embrión, pero existen hechos para abrigar halagüñas esperanzas.

De aprobarse en las sesiones, que comienzan mañana, los trabajos de la ponencia, se procederá á la redacción del anteproyecto y se llevará al Consejo.

Parece que hay el propósito de que todos los buques se construyan en España, y á este efecto háblase de que un sindicato arrendaría los arsenales del Estado, construyéndose los barcos en cinco años y se allegarían recursos, emitiéndose 400 millones en amortizable.

Valencia: la velada en honor de Zola ha sido brillantísima.

Coronóse el busto, que estaba adornado con banderas francesas.

Leyéronse poesías y trozos de obras de Zola. Pronunciaron discursos Rodrigo Soriano y Blasco Ibañez: elocuentes y aplaudidos.

Telegrafióse á la viuda de Zola y á Anatole France.

Diéronse vivas á Zola y á Francia.

París: las huelgas de la región del Norte se agravan, siendo reforzadas las guarniciones.

En el foso de Mezingarte hubo colisión entre huelguistas y gendarmes: heridos muchos de aquéllos: un gendarme grave.

En Viena, por pérdida de intereses, el dueño de un restaurant asesinó á su esposa y tres hijos, suicidándose.

En París ha habido un duelo entre el general Percin y Roedan, redactor del *Gaulois*; á consecuencia de una noticia acerca de Zola.

Ambos sufren heridas leves.

Romanones y Rodríguez han conferencia con el señor Sagasta.

Para fines de semana ha quedado aplazada la reunión de las entidades bancarias para la cuestión del sindicato.

Bruselas: en el salón de la Gran Armonía verificóse un mítin en honor de los generales boers, siendo ovacionados Botha, Dewet y Delarey.

Los discursos versaron sobre la fidelidad á la nueva patria, apesar de la insignificancia de la indemnización ofrecida á los pueblos boers que están en la miseria.

Fueron ovacionados y cantóse el himno transvaalense.

En los círculos militares insístese en que Weyler hallase disgustado á consecuencia del mal efecto que ha producido en elevadas esferas la cuestión de Bargés y por las cartas de los generales respecto del ascenso de Martitegui.

Confírmase que Montilla está bastante delicado y es probable aplace su regreso.

En el Senegal causa estragos y se toman medidas para evitar la propagación.

París.—Al banquete anual de los comités republicanos del comercio é industria, asistieron el jefe del gobierno y una mayoría de los ministros: discursos entusiastas.

En el Consejo, Moret dió cuenta del propósito de parte de los obreros sevillanos de declararse en huelga el jueves, habiéndose invitado á los obreros de Cádiz y Huelva.

Acordóse que, hallándose sometido el asunto á las autoridades, el juez instructor y el gobernador procederían contra quienes coaccionaran.

Estúdiáanse las bases del proyecto de ley municipal.

Resulta importantísimo, y se leerá en la próxima sesión del Senado.

Weyler y Moret informaron sobre peligros de la muralla de Cádiz que afectan á los cuarteles, matadero y cárcel.